



Marisol Sales Giménez

LAS CENIZAS
DEL ÚLTIMO FÉNIX

La leyenda

–Meiv, ¿dónde estás? ¡Meiveara!

El agua ahogaba los gritos que me devolvían a la realidad. Los kuovas torcieron la cabeza con una expresión que me recordaba que no debía alterar a mi madre en su estado y me obligaron a salir a la superficie. Mi madre siempre se quejaba de que pasaba más tiempo con «las mujeres pájaros de agua» que con ella. Lo cierto es que las sirenas atrofiadas, llamadas *kuovas*, me transmitían algo de lo que ella siempre careció: tranquilidad.

–¡Estoy aquí! –Asomé la cabeza.

–Sal del agua. ¡Corre, rápido! –me apremió con su nerviosismo habitual.

Me acerqué nadando a la orilla del río al compás del molino de agua. Mi casa estaba tan pero tan cerca de la orilla que, cuando el río se desbordaba por la lluvia, teníamos que sacar el agua de la cocina con cubos.

Me volví a acostumbrar al sonido del molino moliendo cereales y a los gritos que emitía el interior de mi casa al salir del agua. Resoplé. «Tranquilidad, solo quiero vivir tranquila», pensé.

Me senté a la orilla para escurrirme el pelo e intentar entrar en casa dejando el menor rastro posible. Si algo le

molestaba a mi madre era encontrarse mis huellas de los pies mojados por doquier. Era entonces cuando gritaba mi nombre completo, sin abreviaturas, para que supiera que estaba enfadada de verdad.

Un soplo de aire fresco me erizó el vello del cuerpo. El primero del año. Las hojas de los árboles ya se rendían ante la inminente entrada del otoño. El bosque, que se extendía al otro lado del río, ya empezaba a desprenderse de su manto veraniego. Me quedé anonadada mirando el paisaje que veía todos y cada uno de los días de mi vida, ya que no siempre sabía apreciarlo. Pero los cambios de estación me fascinaban y me hacían valorar la postal que se dibujaba a mi alrededor. El otoño era mi estación favorita, con sus tonos anaranjados y marrones adueñándose del lugar. Hundí los dedos en la tierra mojada mientras los kuovas se arremolinaban delante de mí.

Y de nuevo mi madre gritando mi nombre completo. Esta vez con apellido incluido. «¡Meiveara Grehm!», resonó hasta en el mar. Me calcé y entré.

—Reika, ¿qué ocurre? —le pregunté a una de mis hermanas, que salía atropelladamente de casa.

—¡Steinar! ¡Steinar ha vuelto con buenas noticias! —gritaba como si ya supiera cuáles eran esas «buenas noticias».

—¿Steinar?

Steinar era el primogénito de once hermanos. Yo, la octava. Steinar hacía catorce años que no vivía en casa. Apenas recordaba su cara o su estatura. Busqué en mi memoria su voz, pero no la encontré. Cuando él se fue,

yo tenía apenas tres años. Seguramente Steinar nunca me habría levantado en brazos, casi ni recordaría que existía. Vi la emoción en los ojos de mi hermana por conocer por fin al famoso Steinar, el único de los hermanos que consiguió salir del territorio de Emros.

Me puse la falda roja de ocasiones especiales y la blusa blanca menos arrugada que vi en el armario. Durante un momento dudé que fuera mía. Solo tenía un par de zapatos, las botas negras, por lo que no había mucho donde elegir. Si bajaba descalza... No quería ni pensarlo.

Bajé las escaleras de memoria, con el pelo todavía mojado y chorreando por la espalda.

—Vamos, Meiv —me susurró mi madre desde el umbral. Me miró el pelo, me miró a los ojos, suspiró y me indicó dónde ponerme.

Mis nueve hermanos estaban todos fuera, acicalados como nunca los había visto antes, en fila por orden de nacimiento. ¿Qué llevaban los chicos en la cabeza? Me escurrí por debajo del vientre de mi madre, que portaba el duodécimo hijo. Me di cuenta de que, si nos colocábamos de mayor a menor, a Steinar le resultaría más fácil reconocernos.

Él ya estaba allí.

Lo analicé cabizbaja. Era un hombre de estatura media, con un rubio perdido por los años y barba de unos días. Reconocí sus ojos Grehm. El ojo derecho amarillo y el izquierdo azul, como los míos, como los de todos mis hermanos y mi madre. La heterocromía era el rasgo más distintivo de un arhvud, como el de los elfos son sus

larguísimas orejas puntiagudas. Al menos eso era lo que mi abuelo Vardur nos contaba a los pies de la chimenea antes de irnos a dormir. Ninguno, aparte de Steinar, había salido de la tierra de los arhvuds, Emros, por lo que teníamos que creer ciegamente lo que nos había enseñado el abuelo, que fue un gran viajero antes de casarse.

Portaba un abrigo largo marrón, un jersey naranja y unos pantalones negros. De su manga asomaba una varita. ¡Una varita! Se me aceleró el corazón; él tragó saliva.

—¡Steinar! —Se acercó mi madre con los ojos húmedos y la voz seca.

—Mamá. —Se fundieron en un abrazo—. ¡Merinda! ¡Estás embarazada! —La abrazó notablemente emocionado.

Merinda era mi hermana mayor; la segunda de once, casi doce. Merinda y Steinar se habían criado juntos, antes de que él dejara Emros. Merinda era perfecta, perfectamente irritable. No me gustaba su melena larga ondulada rubia que aparentaba ser la de una elfa. ¿Por qué diantres llevaba flores en la cabeza? Tampoco me gustaba su sonrisa. Tras esa hilera de dientes perfectos se escondía una mirada helada y celosa. Esa mirada me había acompañado mis diecisiete años de vida. Era una persona que necesitaba la continua atención de todos. Sentirse observada, el centro de atención, la arhvud más bella.

—Vamos, Steinar. Tienes que contarme tantas cosas... —Lo agarró del brazo mi madre mientras le besaba fuertemente la mejilla.

Mi hermano mayor nos miró de soslayo a todos, con los labios fruncidos y tragando saliva. Parecía un arhvud

tímido al que no se le daba bien ser el centro de las miradas, como a mí. Merinda pasó delante de nosotros sujetándose la enorme barriga y mirándonos por encima del hombro.

Tras ellos, con unos segundos de margen, entraron el resto de mis hermanos. Los vi desfilar uno tras otro trazando un plan para volver al río. Hasta que vi a Ayrat, la más pequeña de todos.

—Ayrat, ¿¡qué pelos llevas!?

—A mamá no le ha dado tiempo a peinarme antes de que viniera Steinar —me respondió mirándose los pies mientras se sorbía los mocos.

—Ven, voy a hacerte unas trenzas.

Ayrat y yo compartíamos habitación. Mientras subía las escaleras, dejé de escuchar el susurro del río. Algo dentro de mí temió no volver a escucharlo. La visita de Steinar no me parecía que fuera tan «casual». Desde la escalera vi que mi madre de repente estaba muy seria y cerraba la puerta del salón para que nadie interrumpiese la conversación con su primogénito. ¿A qué había venido Steinar de manera tan precipitada?

Ayrat hojeó uno de los pocos libros que teníamos en casa mientras la peinaba.

—«El pájaro se quemó y no sobrevivió. Cuatro pájaros en llamas. Uno se apagó, al otro se lo comió» —leyó a duras penas—. ¿Qué significa, Meiv?

—No lo sé. Pero lo que sí sé es que, por mucho que lo leas a todas horas, no lograrás entenderlo.

—¿Y por qué no?

–Porque debería explicártelo alguien –empecé a resoplar.

–¿Quién?

–Alguien que lo entienda.

–¿Quién?

–¡No lo sé, Ayrat! –me desesperé. Mi hermana llevaba semanas, incluso meses, obsesionada con esa estúpida leyenda.

–El libro era del abuelo Vardur; él podría habérmelo explicado.

Oír su nombre en voz alta y no en mis pensamientos hizo que se me desgarrara todo el pecho. Me tranquilicé:

–Seguro que alguien más podrá explicarte esa leyenda.

–*La leyenda del fénix* –me recordó el título.

–Eso. –Le acerqué un espejo–. ¿Te gustan?

Con la boca abierta se giraba y giraba.

–¡Me encantan! ¡Gracias, Meiv! –Me abrazó.

–Meiv. –Asomó la cabeza mi madre–. ¿Puedes venir un momento?

—Me ha sorprendido verte tan mayor —comentó Steinar de camino al mercado con la mirada al frente.

—Bueno, han pasado catorce años desde que te fuiste.

—Sí, claro. —Se rascó la cabeza—. ¿Tú te acordabas de mí?

—La verdad es que no. —Me encogí tímidamente de hombros.

Nos quedamos en un ensordecedor silencio. Entre los árboles lograba ver a lo lejos los puestecitos del mercado. Allí estaría papá vendiendo nuestro cereal y nos sacaría de este apuro en el que me había metido mi madre al obligarme a salir a pasear con Steinar. Ella sabía lo incómoda que me sentía con completos desconocidos y, por muy hermano mío que fuera, él era un completo desconocido para mí. Y yo para él.

Mientras mis pies hacían crujir las primeras hojas caídas, calculé su edad. Treinta y un años. ¡Steinar tenía treinta y un años ya! Ya era todo un señor mayor. ¿Se habría casado? ¿Tendría hijos?

—Yo tenía tu edad cuando me fui de casa. —Me miró por fin. Había ternura en sus ojos.

Temí que pudiera leerme la mente.

—Ah, ¿sí? —disimulé.

–Sí, con diecisiete años fui a Branwen. El abuelo Vardur pagó mi acceso. Por desgracia, solo me lo pudo pagar a mí.

–¿Qué es Branwen?

–¿Nadie te ha hablado de Branwen? ¿Ni siquiera mamá? –Paró en seco.

–No. –Me encogí de hombros.

–Branwen es la escuela más prestigiosa para arhvuds, elfos y aemirs. –Se me quedó mirando a la espera de una gran reacción—. Allí es donde trabajo.

–¿Eres profesor?

–Sí, profesor de Conjuración para arhvuds de tercero, cuarto y quinto.

–Suenan interesantes. –Reanudamos el camino.

–¡Más que interesantes! Branwen es única –exclamó apasionadamente—. Tú nunca has hecho un hechizo, ¿verdad?

–No, claro que no. Ya sabes lo prohibida que está la magia para los niños.

–Sí, pero tú ya no eres una niña, Meiveara.

–Lo sé, pero... Ni siquiera tengo una varita. Son muy caras y somos once. Y usar las manos...

–¡No! ¡Ni se te ocurra intentarlo! Solo grandes arhvuds hechiceros pueden prescindir de su varita. ¿Qué digo grandes hechiceros? ¡Eminencias, más bien! Solo unos pocos alcanzan ese altísimo nivel. Los admiro profundamente. –Arrugó el entrecejo.

–¿Tú no puedes?

–No –sonrió–, no soy *tan* bueno.

El primer puestecito del mercado siempre era la librería. Desde hacía unos meses el hijo del librero lo ayudaba y aprendía del oficio. Como todos en Emros, las profesiones y las tiendas se heredaban generación tras generación. Siete meses, para ser exactos, eran los que llevaba aprendiendo el oficio. Siete meses eran los que hacía que no iba al mercado.

En mi pueblo había muy pocas personas de mi edad. Él era uno de ellos. En el pasado fuimos grandes amigos hasta que cometí el error de dejar que me besara. Cuando sus labios rozaron los míos, en ese instante que duró nuestro beso, supe que nunca podría ser más que un amigo para mí. Desde el momento en que se lo hice saber, se separó de mi lado y contó por el pueblo que yo quería besarlo. Mis manos ardieron de rabia cuando lo vi. Un ardor que me hacía cosquillas en los brazos y me atronaba la cabeza. Él me sostenía la mirada retándome, provocándome.

—¿No tienes otro? —le pidió Steinar al librero, mostrándole un libro ajado.

—¡Señor Grehm! ¡Cuántos años sin verlo! Claro, claro que tenemos grimorios mejores. —Solo le había faltado hacerle una reverencia.

En el mercado todos lo miraban y cuchicheaban. Las solteras lo repasaban de arriba abajo y los hombres calculaban mentalmente cuántas monedas de oro llevaría en el bolsillo, aunque también estaban las que miraban con atención su cartera y los que memorizaban sus labios rosados.

–Luego volveré, estoy dando un paseo con mi hermana –sonrió amablemente.

–Claro, señor. –Parecía que el librero se hubiera quedado sin aire.

Steinar era de los pocos arhvuds que ejercían la magia. Emros era un territorio con bajos recursos donde vivían las criaturas más humildes de toda Nártega. La magia, tras la guerra élfica, se empezó a ver como algo que no daba riqueza, por lo que poco a poco se fue perdiendo. Salvo para Steinar y algunos pocos más. Tener un hijo hechicero era símbolo de riqueza.

–Como te decía, Meiv, Branwen es una escuela que...

–¿Te crees que soy idiota? Tú, ¿tú me has visto cara de idiota? ¿A mí? –interrumpió la sonora y grave voz del pescadero.

–¡Claro que no! ¿Y tú? ¿Crees que yo soy idiota?

–Yo..., pues... Sí, sí que lo eres –arrastró las palabras pesadamente.

El segundo hombre le propinó un puñetazo al pescadero. El impacto le hizo hervir la sangre y lo agarró de las solapas de la chaqueta.

–Te voy a...

–Señores, señores –carraspeó Steinar, nervioso–, ¿puedo preguntar qué les ocurre?

Yo lo miré con los ojos desorbitados. Nunca nadie debía meterse en las peleas del pescadero a no ser que quisiera llevarse un ojo morado a casa o la marca de sus dientes en el hombro.

–Dice que le he dado oro falso. ¡Y miente!

–Serás... –Alzó el puño el pescadero apretando los dientes.

–¡Señores! Señores, no hay por qué llegar a las manos –siguió ante la mirada atónita de todos los presentes–. ¿Cuánto era?

–¿Qué?

–¿Cuánto costaba? No más de cuatro monedas, ¿no? –Extrajo del bolsillo cinco monedas de oro con el escudo de Tundra–. Mire, tenga. Cinco monedas de oro. Salda la deuda de este señor.

–Gra... gracias, señor Grehm. –El hombre se quitó el sombrero.

De mala gana, pero con mano rápida, el pescadero tomó el dinero que le ofrecía Steinar antes de que se arrepintiese.

–Bueno, Meiv, como te iba diciendo... –Continuamos nuestro camino hacia el puesto de mi padre.

No sabía ni qué decir después de lo que acababa de pasar. Estaba perpleja.

–Branwen es una gran escuela. Forma a los mejores hechiceros de todo nuestro país. ¡De toda Nártega, Meiveara! Y... y para mí sería todo un honor que este curso vinieras conmigo y empezaras tus estudios allí.

–¡¿Qué?!

–Sé que el abuelo habría querido que sus nietos estudiaran en la mejor escuela de magia del mundo.

–Pero...

–Como profesor, me permiten inscribir a un alumno con todos los gastos pagados hasta que se gradúe en

quinto año. He hablado con mamá y dice que tú serás la que mejor aproveche la estancia en Branwen. Además, no tendríamos que esperar a que tengas la edad para entrar. ¡Ya la tienes! –continuó mi hermano, notablemente nervioso intentando convencerme.

–Steinar...

–Meiveara, sé que es una decisión difícil. Sé que alejarte de todo tu mundo para empezar una nueva vida en Branwen no es fácil. Sé lo que es porque yo lo hice. Y fue la mejor decisión de mi vida. –Respiró hondo–. Y además creo que nos parecemos más de lo que crees.

–¿Steinar? ¡Steinar! –Papá vino corriendo a abrazarlo casi sin voz.

Vi cómo mi padre lo levantaba del suelo mientras notaba cómo la tierra me engullía.